

BREVE HISTORIA DEL IMPERIO BIZANTINO

David Barreras & Cristina Durán



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia del Imperio bizantino
Autor: © David Barreras & Cristina Durán

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Edición: José Luis Torres Vitolas
Coordinador editorial: Graciela de Oyarzábal

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio
Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-711-4
Fecha de edición: Febrero 2010

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal:

A nuestros padres Olimpia Gómez, Orlando Durán y
Amparo Martínez, por mantener constantemente
un pulso con la vida y por todo su cariño,
apoyo y demostrada comprensión.

Los antiguos griegos pensaban que si un mortal
acumulaba méritos a lo largo de su vida,
su memoria se perpetuaría eternamente
cuando hubiera abandonado el mundo material,
ganándose de esta forma la inmortalidad.
A Ana Martínez, nuestra abuela, y a Miguel Barreras,
nuestro padre, quienes guiados por Caronte
han atravesado hace poco el umbral de este mundo
para perdurar eternamente en el Hades
y sobre todo en nuestra memoria.

Índice

Prólogo	11
Introducción	17
Capítulo 1:	
Roma, siglos III - V. Génesis de un nuevo Imperio	23
Concepto de Bajo Imperio romano	23
La crisis interna del siglo III	24
El problema bárbaro	28
La economía romana en el siglo III	32
La revolución de Diocleciano	33
Fundación de la ciudad de Bizancio	36
Constantino, cristianismo y Constantinopla.....	40
La reforma militar de Constantino	48
La sucesión de Constantino y las invasiones del siglo IV	53
El asalto general del siglo V	58
Caída de Roma:	
supervivencia de Constantinopla	62
La mutación feudal.....	74
Capítulo 2:	
Constantinopla, siglos V al XI. El cenit de Bizancio	89
Concepto de Imperio bizantino	89
Justiniano y la reconquista de Occidente	91
Las claves del éxito de Justiniano	96

Balance del reinado de Justiniano	99
Los sucesores de Justiniano:	
Justino II, Tiberio II, Mauricio y Focas	103
Heraclio y la conquista de Persia	109
El Islam y el primer sitio árabe de Constantinopla ...	114
La dinastía heráclida	123
León III	125
Las dinastías isáuria y frigia.....	129
La dinastía macedonia.....	134
Basilio II y la conquista de Bulgaria:	
el apogeo del Imperio.....	139
Capítulo 3:	
Constantinopla, siglos XI al XV.	
Ocaso y caída de Bizancio.....	145
Significado histórico de la caída de Constantinopla.....	145
Crisis y abandono del sistema de temas	146
Constantinopla tras la dinastía macedonia:	
del apogeo a su lenta agonía	151
Normandos y turcos: los nuevos enemigos.....	159
La llegada al trono imperial de Alejo I	163
La primera Cruzada	168
Balance del reinado de Alejo I.....	173
La presencia germánica en Oriente.....	176
El Imperio latino, los nuevos estados bizantinos	
y la restauración paleóloga.....	182
Los sucesores de Miguel VIII Paleólogo	188
Los turcos otomanos	
y los últimos emperadores de Bizancio	192
Los preparativos para la toma de Constantinopla.....	196
El asedio otomano	204
La caída de Constantinopla.....	215
Conclusión.....	225
Bibliografía.....	251

Prólogo

David Barreras siempre ha sido un apasionado de la época medieval, periodo histórico al que ha dedicado buena parte de su tiempo durante los últimos diez años, trabajo fruto del cual publicó *La Cruzada albigense y el Imperio aragonés* (Nowtilus, 2007).

En cambio a mí, historiadora especializada en la Edad Antigua, me entusiasman civilizaciones perdidas como la egipcia, o la Grecia y Roma clásicas, por las que siento una verdadera predilección, aunque no por ello he dejado de investigar y colaborar en trabajos de historia medieval como el anteriormente mencionado de *La Cruzada albigense y el Imperio aragonés* (Nowtilus, 2007), de David Barreras, y *Martín I El Humano* (será publicado próximamente por el Real Monasterio de Santa María de Poblet), de José Antonio Peña. Supongo que como todo historiador, o incluso como todo amante y erudito de la Historia, el interés por conocer más y la búsqueda de diferentes enfoques nos impulsa a abrir nuevas líneas de investigación que puedan dar respuesta a nuestras inquietudes.

Llegados a este punto se nos plantea una cuestión. Si en torno a Constantinopla se desarrolló un imperio que existió a lo largo de toda la Edad Media, una potencia cuyos orígenes se remontan al periodo final de la Antigüedad romana conocido como Bajo Imperio, ¿qué mejor colaboración entre nosotros dos que escribir un libro de historia sobre la ciudad del Bósforo y su imperio?

Hacia 2002, David tenía ya acabada la base bizantina de este ensayo y comenzó a trabajar conmigo para imprimir al manuscrito un toque más «romano». Fruto de esta colaboración surgió un trabajo que es algo más que un libro sobre el Imperio bizantino, ya que se trata de una obra sobre la esencia de la Edad Media, aunque, eso sí, utilizando una óptica diferente con la que estamos acostumbrados a ver esta apasionante época, siguiendo un punto de vista romano-oriental. En este contexto, este ensayo nos muestra aquello que resultó fundamental para el desarrollo de la civilización occidental, la fusión entre las sociedades romana y germánica, hecho que supuso el nacimiento de la nueva sociedad feudal y la pérdida u omisión de los valores y la cultura romano propiamente dicha. Del mismo modo, nos presenta las diferencias entre esa nueva sociedad europea y las relaciones de sus miembros, dentro de un mismo estamento y entre distintas clases, con respecto a la sociedad tardorromana que sobrevivió en Constantinopla y su imperio, entidad territorial esta que más que la heredera de Roma fue su prolongación misma. Constantinopla siempre conservó la esencia de la Antigüedad clásica, manteniendo en todo momento una estructura estatal de base romana y cuya cultura evolucionó a través de su historia desde la romanidad hacia una profunda helenización.

A lo largo de la lectura del libro, iremos descubriendo cómo Roma no cayó al final de la Edad Antigua y cómo su imperio sobrevivió en Constantinopla durante el transcurso de un extenso periodo de tiempo de casi mil años, en el cual constituyó un auténtico Imperio romano medieval. Sin embargo, en la época actual no se llama «romano» a este imperio que coincidió en el tiempo con la Europa feudal, sino que más bien se le conoce como «Bizancio» o «Imperio bizantino». El éxito del inventado término «Imperio bizantino» puede estar relacionado con la tradicional aversión de los occidentales hacia Constantinopla, percibiéndola como un Estado traidor y lejano a sus tradiciones. Por ello es posible que esta incorrecta denominación haya llegado hasta nuestros días, pudiendo incluso taparnos los ojos y hacernos ver a esta potencia del Medievo como un imperio que nada tenía que ver con el Imperio romano. Ya desde los tiempos en que Carlomagno usurpó el título de emperador romano, Occidente reservó la denominación de «Imperio romano» para referirse al territorio carolingio o, posteriormente, al Sacro Imperio romano-germánico, empleándose el



El teatro de Marcellus, en la ciudad de Roma.
Este edificio, con más de dos mil años de historia, constituye un claro
ejemplo de la profunda y duradera huella dejada por
la civilización romana.



El Coliseo. El anfiteatro de la *Ciudad Eterna*, construido por el emperador Vespasiano (69-79) es, sin ningún género de dudas, el símbolo más representativo de la civilización romana.

nombre de «Imperio griego» para el territorio que actualmente conocemos como Bizancio.

Tras las invasiones germánicas del oeste de Europa, un abismo separó el Occidente bárbaro del Imperio romano de Oriente. Con el paso del tiempo la brecha se fue abriendo aún más por lo que las diferencias se incrementaron y esto, sin duda, hizo que la relación entre ambas regiones fuese deteriorándose cada vez más. El conflicto, entre los dos extremos de Europa, culminó en 1054 con el *Cisma de Oriente*, el cual provocó la escisión definitiva de sus dos Iglesias. En el viejo continente existían claramente dos mundos totalmente separados, que practicaban incluso una religión diferente, por lo que la reconciliación resultaba ya materialmente imposible. Los mal llamados bizantinos veían a los europeos del oeste como simples bárbaros germanos; paralelamente estos últimos llamaban a los primeros «griegos», de forma despectiva, y los consideraban disidentes religiosos, al practicar los ritos cristianos ortodoxos.

Cuando Occidente llegó a hacerse más fuerte que el Imperio romano de Oriente su líder espiritual, el papa, se atrevió a proponer la unión de las dos Iglesias bajo el reconocimiento de su primacía. Pero Oriente no estaba dispuesto a someterse a la autoridad de la Santa Sede y se aisló aun más de Occidente. De esta forma Occidente le dio la espalda a Constantinopla cuando a mediados del siglo xv los turcos amenazaban con hacer desaparecer definitivamente los últimos vestigios vivos del Imperio romano, por lo que la gran ciudad de Constantino ya no tardó demasiado tiempo en caer en manos de los otomanos ante la pasividad y el odio de Europa, antipatía que posiblemente haya hecho que hoy día no tengamos hacia su imperio la consideración que este merece. Por ello, esperamos que con este libro el lector, además de disfrutar al máximo, abra una ventana a una nueva visión de Constantinopla y a la atípica Edad Media que allí tuvo lugar.

No quisiéramos iniciar la narración de este trabajo sin antes hacer mención de nuestro agradecimiento a las ciudades de Lisboa, La Coruña, Lugo, Sevilla, Sagunto, Valencia, París, Roma, Atenas, Éfeso, Estambul y Jerusalén, por permitirnos indagar en su pasado y haber obtenido las bellísimas fotografías que forman parte de este trabajo.

Cristina Durán

Introducción

Cuando pensamos en la Edad Media, solemos pensar en la caída del Imperio romano y en la victoria de los bárbaros. Pensamos en la decadencia del saber, en el advenimiento del feudalismo y en luchas mezquinas. Sin embargo, las cosas no fueron realmente así, puesto que el Imperio romano, en realidad, no cayó. Se mantuvo durante la Edad Media. Ni Europa ni América serían como son en la actualidad si el Imperio romano no hubiera continuado existiendo mil años después de su supuesta caída.

Cuando decimos que el Imperio romano cayó, lo que queremos decir es que las tribus alemanas (germánicas) invadieron sus provincias occidentales y destruyeron su civilización. No obstante, la mitad oriental del Imperio romano permaneció intacta, y durante siglos ocupó el extremo sudeste de Europa y las tierras contiguas en Asia.

Esta porción del Imperio romano continuó siendo rica y poderosa durante los siglos en que Europa occidental estaba debilitada y dividida. El Imperio continuó siendo ilustrado y culto en un tiempo en que Europa occidental vivía en la ignorancia y la barbarie. El Imperio, gracias a su poderío, contuvo a las fuerzas cada vez mayores de los invasores orientales durante mil años; y la Europa occidental, protegida por esta barrera de

fuerza militar, pudo desarrollarse en paz hasta que su cultura formó una civilización específicamente suya.

El Imperio del Sudeste transmitió al Occidente tanto el derecho romano como la sabiduría griega. Le legó arte, arquitectura y costumbres; dio al Occidente [...] la noción de monarquía absoluta [...] y también la religión a Europa oriental.

Pero, finalmente, Europa occidental se fortaleció y fue capaz de defenderse por sí misma, en tanto que el Imperio se fue agotando. ¿Y de qué manera agradeció Europa occidental lo que había recibido? Con una actitud de desprecio y de odio [...]. La ingratitud ha continuado aun después de la muerte, porque la historia de este Imperio es prácticamente ignorada en nuestras escuelas [...].

Hay pocos occidentales que sepan que en los siglos en que Londres y París eran unos villorrios desvencijados, con calles de barro y chozas de madera, había una ciudad reina en Oriente (Constantinopla), rica en oro, llena de obras de arte, rebosante de espléndidas iglesias, con un comercio bullicioso, maravilla y admiración de cuantos la conocían [...].

Con estas palabras, Asimov nos resume lo que en su opinión ha significado el llamado Imperio bizantino para el curso de la historia. Un imperio que parece olvidado hoy en día y del cual, en muchas ocasiones, se desconoce incluso su origen. Pocos demuestran saber que Bizancio fue algo más que el heredero del Imperio romano. Puede considerarse que el Imperio romano fue el continuador de la cultura clásica griega. El Imperio romano tomó como modelo a Grecia. Pero Bizancio, como podremos ver, fue algo más que el heredero del Imperio romano, fue la prolongación de este. Roma no fue el modelo de Bizancio, Roma continuó su existencia mientras vivió Bizancio. Desde Augusto a Constantino XI, el último soberano que se sentó en el trono de Constantinopla, hubo una línea ininterrumpida de emperadores a lo largo de aproximadamente quince siglos. A pesar de esto, normalmente se considera que cuando se produjo la invasión de Occidente por los pueblos germánicos cayó el Imperio romano.

Corría el año 476 cuando Odoacro, señor de los hérulos, deponía al emperador de Occidente, Rómulo Augusto, produciéndose de esta forma la caída de Roma.

Este último párrafo constituye la versión oficial de los hechos, no obstante es preciso destacar que la frase oculta además una inquietante verdad que trataremos de desvelar a lo largo de este trabajo.

La mayor parte de la gente es fiel a la cita en cuestión, cree que con la caída de Roma y las provincias occidentales desaparecía el Imperio romano. Nada más distante de la realidad. Ciertamente es que los hérulos se apoderaron de Italia, al igual que unos años antes otros pueblos bárbaros se adueñaron de otras regiones del oeste de Europa, antaño dominios romanos. Pero, aunque la mayoría de veces se ignore, la parte oriental del Imperio romano no se vio afectada a estos niveles por las invasiones de las tribus germánicas.

A pesar de que a partir de 476 se llame Imperio bizantino o Bizancio a la mitad oriental del Imperio, la denominación correcta debería ser simple y llanamente la de Imperio romano. Ni tan siquiera debería ser válido, a partir de este año, el término Imperio romano de Oriente, ya que este último nombre era correcto cuando existía un imperio dividido en dos, pero una vez desaparecida la parte occidental, dejó de tener sentido. Si el Imperio romano de Occidente ha caído, ¿por qué seguir llamando a la mitad superviviente Imperio romano de Oriente? En nuestra opinión lo correcto sería llamar a este último territorio, simplemente, Imperio romano, puesto que de las dos partes que un día lo formaron fue la única que continuó unificada cultural y políticamente. De todas formas, para evitar confusiones con respecto al Imperio unificado, también conocido como Alto Imperio romano, emplearemos en lo sucesivo el término Imperio bizantino o simplemente Bizancio.

Con las incursiones de los bárbaros no se produjo la caída definitiva del Imperio. Si es cierto que una gran parte de su territorio, es decir, toda la mitad occidental, se perdió como consecuencia de estas invasiones. Pero la parte oriental permanecía intacta y consiguió resistir hasta 1453.

En concreto, el hecho que se considera que marca el fin definitivo del Imperio, la ya mencionada deposición de Rómulo Augusto en el año 476, únicamente supuso la pérdida de los territorios circundantes a la que originalmente había sido la capital, es decir, Roma. No obstante, hacía muchos años que

la capital imperial era una ciudad mucho más rica, próspera y moderna: Constantinopla. Además, incluso la corte de Occidente se llegó a trasladar al norte en los años finales de su existencia, a Milán y más tarde a Rávena.

De la misma forma, hacia el año 476, también había llovido bastante desde que las provincias occidentales estaban dominadas por francos, visigodos, vándalos, alanos y otros pueblos bárbaros. En definitiva, cuando el último emperador de la mitad occidental fue destronado, este ejercía un efímero control de la península italiana, quedando el resto de provincias occidentales bajo dominio germánico.

Pero en Constantinopla existía un emperador que sí gobernaba de forma efectiva la totalidad de las provincias orientales romanas. Se trataba de Zenón, quien, ante la deposición de su emperador asociado, Rómulo Augusto, era el único titular legal del Imperio, papel que, como veremos en la segunda parte de este tratado, asumió Justiniano I plenamente.

Sin embargo, a pesar de todo, a los emperadores bizantinos no les faltaron competidores a lo largo de la historia. En Occidente surgieron varios soberanos que adoptaron el título imperial. Cuando Roma dejó definitivamente de estar bajo control bizantino y se veía amenazada por los bárbaros lombardos, el papa solicitó la ayuda de los francos, mismamente extranjeros germánicos, pero de religión católica. Este respaldo brindado por los francos fue premiado por la Santa Sede, recompensa que alcanzó su cota más alta cuando su rey, Carlomagno, fue coronado emperador de Occidente hacia el año 800.

De la misma forma, cuando a la muerte de Luis I el Piadoso, hijo de Carlomagno, su imperio quedó dividido, uno de los estados resultantes comenzó a denominarse Sacro Imperio Romano (Germánico), y su soberano adoptó el título de César (en alemán, *Káiser*) hasta épocas no muy lejanas.

Eran estos personajes soberanos poderosos, como es el caso de Carlomagno o de Federico I Barbarroja, pero en definitiva usurpadores del título que portaban. Solo hubo un emperador legítimo a lo largo de todo el Medievo, y su trono estaba en Constantinopla.

Una buena parte de los territorios occidentales perdidos como consecuencia de las invasiones germánicas, fueron recuperados en época de Justiniano I (527-565). Este emperador reconquistó la mayor parte de la costa mediterránea e incluso Roma. La legendaria ciudad de Rómulo y Remo únicamente

había permanecido en manos bárbaras cincuenta y nueve años, entre 476 y 535. ¿No es esto un claro ejemplo de lo que se consideraban y de lo que realmente eran los emperadores de Constantinopla? Si, efectivamente, aún eran emperadores romanos. Aunque tras la reconquista de Justiniano quedaban vastas zonas en poder de los bárbaros, áreas que habían pertenecido al Imperio en épocas más gloriosas, tales como la parte no mediterránea de Hispania, la Galia, la isla de Britania y ciertas regiones de Germania, con este emperador el *Mare Nostrum* fue de nuevo una realidad.

Si bien es cierto que el proyecto de Justiniano I para recuperar el Imperio romano pronto fracasó, ya que Bizancio fue disminuyendo constantemente su integridad territorial con los emperadores que le sucedieron, también es verdad que esta intención es suficiente para confirmar nuestra teoría. El Imperio romano no murió con la caída de Roma en 476, prolongó su existencia en Constantinopla y no desapareció definitivamente hasta que esta ciudad fue conquistada por los turcos otomanos en 1453.

1

Roma, siglos III - V. Génesis de un nuevo Imperio

CONCEPTO DE BAJO IMPERIO ROMANO

En palabras de Miguel Ángel Ladero, «el concepto de romanidad tardía o Bajo Imperio está hoy plenamente aceptado en la historiografía y ha sido descargado, hasta cierto punto, de la consideración peyorativa en que se le tuvo, a partir de la Ilustración, como época decadente, premonitoria de la posterior barbarie medieval».

En 193, el ejército de Panonia proclama emperador a Septimio Severo. En 284, las tropas orientales que había combatido a los persas hacen lo propio con Diocleciano. Ambas fechas, como bien afirma Maurice Crouzet, encierran un periodo, el siglo III, de crisis multiforme de la que saldrá lo que realmente constituye el Bajo Imperio. Con la ascensión al trono imperial de Diocleciano, finalizada ya la llamada crisis del siglo III, surge un nuevo Imperio romano de las cenizas del anterior. El Alto Imperio puede darse por muerto. El Bajo Imperio nace como una adaptación de su versión anterior a los nuevos tiempos.

A los necesarios cambios producidos en la dirección política se une una auténtica revolución en todos los ámbitos: administración, economía, sociedad, e incluso religión. El mundo ha cambiado y el Imperio ha de renovarse o morir. La *Pax Romana* ya no está garantizada, los bárbaros han empezado a penetrar las fronteras del Imperio. Las soluciones utilizadas durante el Alto Imperio se adaptaban a un mundo

bárbaro relativamente tranquilo. Ya no sirven ahora. Las nuevas soluciones son de lo más variopintas.

La única forma de frenar a los germanos es luchar como ellos. El Ejército se transformará profundamente: adopta armas y tácticas del enemigo, recluta germanos e incluso nombra generales a algunos de sus líderes. Como podremos comprobar próximamente, la mejor manera de combatir a los germanos es enfrentarse a ellos con sus propias armas, sus propios soldados y sus propios caudillos.

Otro de los cambios importantes afecta al gobierno imperial, que ya no recaerá en un único emperador, si no que será dividido entre varios. Es la llamada colegiación imperial que estudiaremos más adelante.

Los nuevos y enérgicos emperadores, especialmente Diocleciano y Constantino, reorganizaron el Imperio y lo libraron del peligro bárbaro exterior y de la anárquica interior. En palabras de Crouzet, «una civilización surgió del caos, entonces: es la que hay que considerar como la civilización del Bajo Imperio».

Todos estos cambios darán estabilidad al Imperio y le permitirán sobrevivir, en la parte occidental, tan solo doscientos años más, sin embargo Oriente perdurará por un milenio, es decir, a lo largo de toda la Edad Media.

Como indica Ladero, en el Bajo Imperio romano «hay, en efecto, elementos premedievales y grandes diferencias con las épocas anteriores del mundo clásico, al que, sin embargo, sigue perteneciendo. Fue esa Roma tardía, en lo que tenía de más específico, quien entregó la herencia de la Antigüedad». Otras opiniones expresan la idea de que el nacimiento del Bajo Imperio es paralelo al de la Edad Media.

LA CRISIS INTERNA DEL SIGLO III

Roma siempre estuvo acosada, en mayor o menor medida, por dos tipos de peligros: uno interior y otro exterior. El riesgo interno fue sin duda el más grave, y el que, aunque solo fuera indirectamente, acabó con el Imperio en Occidente, ya que creó el desorden necesario para que los bárbaros pudieran penetrar con facilidad las fronteras romanas.

La codicia de los militares y las clases dirigentes, que ansiaban hacerse con el poder, resultaba extremadamente peli-



Relieve que representa a legionarios romanos del siglo II en aptitud de combate (Museo de la Civiltà Romana, Roma).

Finalizadas las conquistas en esta época, se consiguió que los mandos del Ejército perdieran poder y de esta forma no pudieran liderar conspiraciones contra el emperador.

grosa. Este era un enemigo que se encontraba acechando en el mismo corazón del Imperio. El propio emperador era muy consciente de ello.

Las conquistas activas habían concluido para el Imperio romano en tiempos de Trajano (98-117). El fin de la guerra ofensiva se tradujo en una considerable merma para el poder del Ejército y, de esta forma, se reducían las posibilidades de que alguna fuerza militar destituyera al emperador. Sin embargo, en tiempos de Marco Aurelio (161-180), a pesar de los deseos de los augustos por que imperara la *Pax Romana*, el despertar de los bárbaros situados en las fronteras forzaba a mantener una guerra defensiva. Estas contiendas otorgaban nuevamente un poder enorme al Ejército. A las puertas del siglo III, tras el asesinato de Cómodo en 192, la elección del emperador quedará en manos de los generales romanos. La anarquía militar estaba servida.

Septimio Severo (193-211) saldrá vencedor de los enfrentamientos civiles que tuvieron lugar, se sentará en el trono y lo logrará hacer hereditario para sus descendientes. Tras veinticuatro años de reinado de su dinastía y con el asesinato del último Severo, Alejandro, en 235, se inicia un nuevo periodo de anarquía de otros cincuenta años. Los mismos militares que coronan a sus candidatos, conspiran contra ellos, los asesinan y nombran otros sucesores. La pauta dominante es que el elegido se mantenga en el trono pocos meses, algunos tan solo días, muy pocos llegan a gobernar años. En muchas



El castillo de Sant'Angello en la ciudad de Roma. Esta fortaleza fue construida en el siglo II, una época en la que el Imperio romano había alcanzado su máxima extensión y en la cual la *Pax Romana* imperaba en las tierras bañadas por el *Mare Nostrum*.

ocasiones varias provincias escapan al control del teórico emperador, incluso llega a darse la situación de la proclamación simultánea de varios emperadores por distintas facciones del Ejército.

El caos reinante posibilitó la invasión del Imperio por parte de las tribus bárbaras y de los reinos civilizados exteriores. Los bárbaros, en consecuencia, acabarán transformándose en el principal de los dos riesgos mencionados anteriormente. Los Balcanes sufrieron las incursiones de los godos y Asia Menor fue víctima de los persas. Y es que los trescientos mil hombres que tradicionalmente componían los ejércitos del Alto Imperio eran insuficientes para poder hacer frente a los múltiples peligros, internos y externos, que en el siglo III amenazaban la integridad y supervivencia del Imperio romano. La debilidad de las fronteras era manifiesta. Hordas de godos en Oriente y de francos y alamanes en Occidente atravesaron las fronteras y sometieron a saqueo las ciudades romanas. Solo con la llegada al trono de Diocleciano y Constantino se logró superar la crisis.

Hasta esas fechas, el Imperio había permanecido a salvo de estas catástrofes. Las revueltas internas eran de corta duración y, en el caso de triunfar, acababan sentando en el trono a emperadores capaces. El número de efectivos militares apostados en las fronteras resultaba suficiente para contener de forma efectiva a los bárbaros que, por otro lado, no habían mostrado aún signos de su peligrosidad potencial.



Vista panorámica del odeón romano de Herodes Ático (Atenas). La civilización romana no solamente ocupó las tierras de la antigua Grecia, sino que, además, tomó como modelo su cultura clásica, la perpetuó a lo largo de toda la Antigüedad en las tierras bañadas por el *Mare Nostrum* y, durante toda la Edad Media, en torno a Constantinopla y su Imperio. De esta forma, salvada del olvido, la cultura clásica del Imperio de Oriente pudo finalmente ser transmitida al Occidente bárbaro durante la segunda mitad del Medievo, siendo esto una de las causas para que tuviera lugar el Renacimiento.



Representación de un legionario romano del siglo II a.C. (Museo de la Civiltà Romana, Roma). Con tropas de infantería similares a la de la imagen y gracias al apoyo de una poderosa flota, Roma dominó plenamente las aguas del Mediterráneo desde la finalización de las guerras púnicas, en el siglo II a.C., hasta la conquista de Cartago por parte de los vándalos en el siglo V.



Fachada principal del Monasterio de los Jerónimos en Lisboa.
El Renacimiento produjo obras de arte y arquitectura de belleza similar a este edificio. El Renacimiento marca el renacer de la cultura clásica en Occidente, el fin de los *Años Oscuros* y el nacimiento de la Edad Moderna. Este saber de la Antigüedad se esfumó de la Europa del oeste tras la caída de la autoridad imperial romana y estuvo ausente en la región durante todo el Medievo. En cambio, el Imperio de Oriente pudo conservar la cultura clásica a lo largo de toda su existencia, que coincidió con la duración de la Edad Media.



Vista de la ciudad de Roma atravesada por el río Tíber. Según cuenta la leyenda, Roma fue fundada en el año 753 a.C. por los gemelos Rómulo y Remo sobre siete colinas, a orillas del río Tíber.



Detalle del *Ara Pacis Augustae*, en la ciudad de Roma.
El Altar de la Paz fue construido por el Senado romano en época de Octavio Augusto (24 a.C.-14 d.C.), para conmemorar sus victorias militares obtenidas en Hispania y la Galia, constituyendo un claro exponente del arte de la antigua Roma.

2

Constantinopla, siglos V al XI. El cénit de Bizancio

CONCEPTO DE IMPERIO BIZANTINO

Si todo lo expuesto hasta ahora en este trabajo sobre la Edad Media ha resultado de interés, podríamos pensar que lo mejor que deberíamos hacer, si queremos estudiar Bizancio, es olvidarlo, ya que las cuestiones analizadas en esos puntos poco o nada tienen que ver con este Imperio. Lo único que tienen en común el Imperio romano de Oriente y la Edad Media clásica de Europa es que fueron contemporáneos. El mal llamado Imperio bizantino surge hacia finales del siglo V en la parte oriental del Mediterráneo, de las cenizas del denominado Bajo Imperio romano, y se extingue con la toma de Constantinopla por los otomanos a mediados del siglo XV. Paralelamente, la Edad Media comienza con la caída del Imperio de Occidente, a finales del siglo V, y finaliza con el renacimiento del siglo XV.

¿Por qué entonces malgastar el tiempo exponiendo lo que sucedió en la Europa del oeste tras las invasiones germánicas? Simplemente, para entender qué significó el Imperio romano oriental. Si el Imperio romano clásico es la antítesis de los bárbaros germánicos, entonces el llamado Bizancio lo es también de los estados europeos medievales. Los germanos invadieron Europa occidental al inicio de la Edad Media y dieron lugar a un nuevo orden. Al mismo tiempo, una parte del Imperio romano no moriría y prolongaría su existencia por mil años, a pesar de que, en ocasiones, la historia no le dé toda la importancia que debiera y, prácticamente, nos hayamos olvidado de ello. Mientras el resto de Europa vivía los llamados

«años oscuros» del Medievo, a orillas del Bósforo una ciudad era, al igual que antaño lo fue Roma, la metrópoli de un vasto territorio en el que sobrevivió la cultura clásica. La luz de Constantinopla se oponía a la oscuridad del Occidente germánico medieval. Por lo tanto no podría entenderse lo que significó para la historia el Imperio romano de Oriente si no se estudiara, aunque solo fuera mínimamente, este Occidente bárbaro.

Tema a parte es el asunto de la denominación del Imperio en cuestión. Actualmente predominan las acepciones de *Bizancio* o *Imperio bizantino* para referirse a la parte oriental del Bajo Imperio que sobrevivió a la caída de las provincias romanas de Occidente. Destacar que los ciudadanos de dicho territorio nunca se llamaron a sí mismos *bizantinos*, ya que se auto-denominaban y consideraban *romanos*. En palabras de Claramunt, «el Imperio romano de Oriente ha sido denominado por la historiografía moderna Imperio bizantino, si bien en realidad este concepto jamás existió en la época; el término fue aplicado por los eruditos franceses del siglo XVII, como los de Bizancio y bizantinos». Teniendo en cuenta la opinión de este autor, de que el mal llamado Imperio bizantino poseía estructura estatal romana, religión cristiana y cultura griega (cultura antigua clásica, en definitiva), y, dado que el Imperio romano de finales del siglo V del que descende directamente el territorio en cuestión, presentaba también estas características, consideramos que la forma más correcta de referirse a este Estado debería ser simplemente Imperio romano. No obstante, para evitar confusiones con el Alto Imperio de la Edad Antigua podríamos referirnos a él como Imperio romano de Oriente. De todas formas, por mucho que nos pese, para evitar posibles confusiones y ser concordantes con el resto de la literatura que existe sobre el tema, a partir de este capítulo del libro nos referiremos a este Imperio romano medieval como *Imperio bizantino* o *Bizancio*.

Para concluir con este punto introductorio podríamos citar unas palabras de Maurice Crouzet: «la civilización del Bajo Imperio no murió con el propio Imperio más que en Occidente. Es bien sabido que sobrevivió en Oriente: Roma se prolonga en Bizancio. Esta no usurpa su denominación de Nueva Roma».

JUSTINIANO Y LA RECONQUISTA DE OCCIDENTE

Zenón, emperador de Oriente, murió en 491 y su viuda Ariadna, como ya comentamos en la primera parte, se casó con un anciano administrador gubernamental de finanzas, muy popular por su honradez, que reinó con el nombre de Anastasio I (491-518).

El nuevo soberano de Constantinopla llevó a cabo una buena gestión administrativa y financiera del Estado, basándose en una intensa política interior de estabilización monetaria y saneamiento fiscal, con un marcado descenso en los impuestos que afectaban principalmente a los habitantes de las ciudades. Debido a ello, al concluir su reinado, el tesoro imperial había logrado acumular la nada despreciable cifra de trescientas veinte mil libras. Otra de las medidas que adoptó fue la de disolver a la guardia isauria creada por León I, puesto que comenzaba a ser peligrosa al haber adquirido un poder considerable.

Anastasio murió en 518 sin haber designado un heredero. Legaba a su sucesor un Imperio saneado económicamente y con sus arcas repletas de oro. Justino (518-527), general de la guardia imperial, tenía a su cargo la única fuerza armada organizada a corta distancia del palacio, por lo que a falta de un heredero evidente y gozando de la aprobación por parte del Senado, se hizo con el cetro de Constantinopla. Se trataba de un anciano militar ilirio, de origen campesino, además de analfabeto. Pero, a pesar de esto, era inteligente y tenía un sobrino muy culto, llamado Justiniano, que compensaba todas sus carencias, y al que pronto se le encomendaron labores militares y de gobierno.

Hacia el año 527, cuando Justino sentía que la muerte se le acercaba, nombró a Justiniano emperador asociado. La sucesión resultó tranquila, puesto que Justiniano (527-565) ya había sido coronado cuando su tío aún estaba en vida. Desde el principio Justiniano compartió su título y poderes con su mujer Teodora.

Nada más acceder al trono, Justiniano, ferviente católico y firme defensor de la ortodoxia, promulgó una serie de estrictas leyes contra las minorías judías, paganas y heréticas en general (maniqueos, nestorianos, monofisistas y arrianos), lo que le llevó a ser muy impopular entre los seguidores de estos credos. En 529 incluso clausuró la academia filosófica de



Mosaico de Teodora en la iglesia de San Vital, Rávena (Italia). Esta bellísima muestra de arte bizantino nos presenta una imagen de la emperatriz Teodora, esposa de Justiniano I (527-565), y su corte. La figura de la ambiciosa e inteligente Teodora resultó fundamental durante el reinado de su marido ya que se alzó como su más fiel colaboradora e impidió que Justiniano abandonara el trono en 532 cuando la insurrección *Nika* parecía que acabaría triunfando.

Narsés. Las victorias del primero frente a los reinos germánicos se produjeron como resultado de su habilidad en el trato con sus hombres y por el hecho de ser un gran estratega. El éxito de Narsés se debió principalmente a su fidelidad hacia la figura del emperador. A pesar de contar con la total confianza de Justiniano, lo que supuso que dispusiera de un mayor número de efectivos, siempre los empleó en beneficio de este y no en su contra, como la mayoría hubiera hecho.

Por otro lado, en el siglo VI se produjeron nuevos adelantos en las técnicas de guerra por parte de los bizantinos. El ejército imperial había adoptado los estribos metálicos procedentes de los hunos y esto hizo que su caballería fuera una fuerza de choque muy eficaz. Además utilizaron el *catafracto* de los persas, es decir la caballería pesada. Asimov nos explica que los *catafractos* eran además arqueros y formaban la espina dorsal del ejército bizantino. Hacían los primeros asaltos desde lejos, al tiempo que cargaban. Puesto que estaban acorazados y fuera del alcance de los disparos enemigos, eran prácticamente invulnerables. Pero el *catafracto* era algo más que un jinete, un caballo, un arco y una armadura. Hacían falta años de entrenamiento para que un hombre pudiera dominar su caballo con las rodillas y apuntar el arco con precisión en cualquier dirección



Entrada de la cisterna de Justiniano en Constantinopla, actual Estambul. Durante el siglo VI, bajo el reinado de Justiniano I (527-565), el Imperio de Oriente recuperó buena parte de los territorios perdidos del Mediterráneo occidental que antaño habían constituido el Alto Imperio romano. Los ejércitos bizantinos contaban con un número de efectivos que no era demasiado elevado, pero gozaban de una excelente profesionalidad, el auténtico secreto de su poderío.



Catedral de *Hagia Sofia*, Constantinopla (actual Estambul).
Constituye el principal edificio religioso del Imperio romano de Oriente, es decir, la catedral de su capital y sede de su patriarcado.
Fue construida en tiempos de Justiniano I (527-565) y tras la conquista otomana de 1453 fue reconvertida en mezquita.

LOS SUCESESORES DE JUSTINIANO: JUSTINO II, TIBERIO II, MAURICIO Y FOCAS

El sucesor de Justiniano, su sobrino Justino II, heredó un extenso Imperio arruinado económicamente. La situación de Bizancio tras la coronación del nuevo emperador podría compararse a lo que acontecería nueve siglos más tarde en España, donde Felipe III recibió de su padre Felipe II un vasto imperio donde «nunca se ponía el sol». La más cruda realidad solo venía a demostrar, en ambos casos, la bancarrota en la que se encontraba el Estado.

Justino II era consciente de que Bizancio estaba agotado tanto militar como financieramente, por lo cual tomó la decisión de adoptar una política defensiva frente al enemigo exterior, lo que a su vez le permitió centrarse en reforzar la maltrecha economía imperial. No obstante, una nueva amenaza pronto haría acto de presencia.

Los ávaros, pueblo de raíz turca, emigraron entre los años 552 y 555 desde su lugar de origen, en Asia central, tras la destrucción de los hunos heftalitas por los turcos Tu-Kiu de la cordillera del Altai. En 565, los ávaros se instalaron en Pannonia, produciendo el empuje de sus anteriores ocupantes, los



Reproducción del mosaico de Justiniano I (527-565) en la iglesia de San Vital, Rávena (Museo de la Civiltà Romana, Roma). La pieza en cuestión constituye un claro ejemplo de la presencia bizantina en el norte de Italia, región donde se fundó el llamado Exarcado de Rávena, división administrativa de carácter militar que fue precursora del sistema de *themas* instaurado por Heraclio (610-641).

3

Constantinopla, siglos XI al XV. Ocaso y caída de Bizancio

SIGNIFICADO HISTÓRICO DE LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

La caída definitiva del Imperio romano, aunque le llamemos Bizancio o Imperio bizantino, no se produjo hasta que su último reducto, es decir, Constantinopla, fue conquistado por los turcos otomanos en 1453.

La historia del asedio de Constantinopla, por el ambicioso sultán turco Mehmet II el Conquistador, constituye un hermoso drama sobre la ruina definitiva del imperio que fue la luz de la Europa medieval. En sus últimos días, Bizancio no fue más que una ciudad defendida tan solo por sus habitantes y sus viejas murallas y que, además, luchó desesperada y valientemente por su supervivencia contra un poderoso y moderno ejército invasor. Una villa que se resistía a que ocurriera lo irremediable: la caída definitiva del último bastión del Imperio romano y el fin de la cultura clásica original. ¿Inevitable? Lo acontecido se habría podido evitar si las potencias católicas hubieran puesto los medios y la asistencia militar necesarios. Solo una orden del papa, la máxima autoridad de Occidente, habría bastado para que la ayuda se hubiera puesto en marcha. Pero la Santa Sede no estaba dispuesta a mover ni un dedo para socorrer un Estado regido por una Iglesia cismática.

El papado ya organizó una serie de campañas militares en los siglos XII y XIII, denominadas cruzadas, para apoyar a Bizancio en su lucha contra los infieles. Ayuda que para nada

pretendía ser gratuita. El precio que debería de pagar el Imperio sería el reconocimiento de la autoridad papal.

Sin embargo, la época de las cruzadas finalizó y el sumo pontífice no consiguió sus objetivos. El pueblo bizantino siempre se negó a que su emperador se sometiera a la autoridad del obispo de Roma. Por todo ello, cuando los turcos iniciaron el sitio de Constantinopla en 1453, esta se encontraba más sola que nunca.

Por otro lado, debemos también hacer mención al hecho de que la conquista otomana de Constantinopla marcara tan intensamente a la sociedad de la época. Este acontecimiento es considerado hoy en día como el acto que pone fin a la Edad Media en Europa, así como el punto de partida de la Edad Moderna. Nadie puede poner en duda que el paso de un periodo histórico a otro no puede tener lugar únicamente por que ocurra un simple hecho aislado, ya que todo acontecimiento de este tipo siempre debe de ir acompañado de un periodo de transición, a lo largo del cual se van produciendo las mutaciones necesarias hasta que, como resultado de las mismas, emerge ya una Edad totalmente nueva. Sin embargo, en el caso que nos contempla, es decir, la caída de Constantinopla, sí que podemos admitir que este acontecimiento puntual marcó un antes y un después en un aspecto concreto: el terreno militar. Como veremos más adelante, la batalla que se libró por conquistar esta ciudad puede considerarse como la primera contienda de la Edad Moderna y la última de la Edad Media. Es la primera batalla de la Edad Moderna puesto que fue el primer conflicto bélico en el que se empleó de forma efectiva la artillería pesada. Pero a la vez fue el último conflicto bélico de la Edad Media, ya que, también, en este enfrentamiento estuvo muy presente un elemento claramente medieval: el sistema de murallas de una ciudad. El asedio otomano a Constantinopla llevó a una conclusión: las urbes fortificadas, por sí solas, poco o nada tenían que hacer frente a un ejército bien equipado con modernas armas de fuego. En consecuencia, tras la caída del último bastión del Imperio romano el arte de la guerra cambió por completo.

CRISIS Y ABANDONO DEL SISTEMA DE *THEMAS*

En la segunda mitad del siglo x, tuvo lugar una reestructuración del ejército bizantino con el objetivo de poder llevar a cabo de manera efectiva campañas militares ofensivas. Como



Entrada de una Iglesia construida por Romano Lecapeno (919-944).

El siglo x se iniciaba con el ascenso al trono de Constantino VII (912-959), soberano de apenas doce años de edad, oportunidad que fue aprovechada por Romano Lecapeno para hacerse coronar emperador asociado. De esta forma se iniciaba el periodo de presencia en el trono meramente nominal de los emperadores de la dinastía macedonia, títeres en manos de generales que desempeñaban las labores de gobierno. No obstante, estos militares usurpadores fueron emperadores capaces que supieron adaptar los ejércitos bizantinos a las necesidades del momento, que no eran otras que emprender acciones de guerra ofensiva frente a los decadentes enemigos exteriores de Bizancio.

Conclusión

Roma, como Imperio de la Antigüedad y el Medievo, supo adaptarse a los tiempos cambiantes que le tocó vivir desde sus inicios como potencia mediterránea, allá por el siglo II a. C., tras salir victoriosa en las Guerras Púnicas, hasta la desaparición definitiva de su último bastión a mediados del siglo XV. Para ello hubo de sufrir una serie de metamorfosis que la llevaron a adoptar las más diversas formas: República (siglos VI a. C. - I a. C.), Alto Imperio (siglos I - III a. C.), Bajo Imperio (siglos III - V), Imperio oriental (siglos V - VII) e Imperio griego (siglos VII - XI). Finalmente, superado el umbral del siglo XI, habiendo abandonado ya el estatus de potencia y caminando por una pendiente vertiginosa de decadencia, experimentó sus últimas mutaciones para resistir aún por más de cuatrocientos años, adquiriendo para ello diferentes identidades: estado pseudofeudal (siglos XI - XIII), reino de Nicea (1204 -1261), país balcánico (1261-1353) y, en sus últimos tiempos, ciudad-estado (1353 -1453).

Seguidamente se describirán cada una de estas épocas vividas por el Imperio bizantino.

El periodo histórico denominado Bajo Imperio es aquel que transcurre entre la proclamación de Diocleciano, en 284, y la caída definitiva de la autoridad imperial en las provincias de Occidente, que tuvo lugar en el año 476. Tras superar una época de enormes dificultades, conocida como la *Gran Crisis del siglo III*, en la cual la inestabilidad interna fue aprovechada por los pueblos bárbaros para penetrar los *limes*, el Estado





Panorámica de la ciudad santa de Jerusalén. El objetivo oficial para que se organizaran las cruzadas no era otro que la conquista de Jerusalén para, de esta forma, poder garantizar la seguridad de los fieles cristianos en su peregrinación a este lugar santo. Sin embargo, los resultados obtenidos en 1204 durante la Cuarta Cruzada, campaña en la cual los occidentales tomaron y saquearon Constantinopla, nos hacen dudar de que realmente Jerusalén fuera el destino de estas expediciones militares.



Ilustración con diferentes soldados otomanos (Museo Militar de Estambul). Durante el siglo xiv, Bizancio sufrió dos desastrosas guerras civiles. La primera de ellas, conocida como *Guerra de los dos Andrónicos*, enfrentó por la posesión del trono a Andrónico II (1282-1328) con su nieto, Andrónico III (1328-1341), alzándose con la victoria este último. El segundo conflicto fue más grave si cabe y produjo el enfrentamiento entre los partidarios de Juan V (1341-1391) y Juan Cantacuceno (1347-1354), emperador este último que no dudó en solicitar la ayuda de los otomanos, los cuales entrarían por primera vez en Europa gracias a esta invitación.



Retrato de Murad II (Museo Militar de Estambul). El caudillo mongol Timur o Tamerlán, derrotó a comienzos del siglo XV a los otomanos en la frontera este de Anatolia en una batalla en la que incluso pereció el sultán Bayaceto I (1389-1402). El duro golpe dado por los tártaros a los turcos en su movimiento hacia Occidente hizo que los segundos tardaran unos años en recuperarse y a la vez esto permitió a Constantinopla resistir durante cincuenta años más. Finalmente, tras un periodo de guerra civil de once años, Mehmet I (1412-1421) logró llevar de nuevo la paz al sultanato lo que permitió su rápida recuperación. Bajo el reinado de Murad II (1421-1451) las conquistas perdidas fueron recuperadas en su práctica totalidad.

Bibliografía

- ASIMOV, I., *Constantinopla. El imperio olvidado*, Editorial Alianza, 1999. Madrid.
- ASIMOV, I., *El Imperio romano*, Editorial Alianza. 2005, Madrid.
- ASIMOV, I., *La República romana*, Editorial Alianza. 2006, Madrid.
- BARAHOMA, P., *Los templarios*, Editorial Lisba. 2003, Madrid.
- BARRERAS, D. *La Cruzada Albigense y el Imperio aragonés*, Editorial Nowtilus. 2007, Madrid.
- BAYNES, N. H., *El Imperio bizantino*, Fondo de cultura económica. 1996, México D.F.
- BOIS, G., *La revolución del año mil*, Editorial Crítica. 1991, Barcelona.
- CABRERA, E., *Historia de bizancio*, Editorial Ariel. 1998, Barcelona.
- CLARAMUNT, S., PORTELA, E., GONZÁLEZ, M. y MITRE, E., *Historia de la Edad Media*, Editorial Ariel. 1992, Barcelona.

- CROUZET, M. (Dirección), *Roma y su imperio*, Destinolibro. 1980, Barcelona.
- DUBY, G., *Guillermo el mariscal*, Editorial Alianza. 1997, Madrid.
- DUBY, G., *Europa en la Edad Media*, Ediciones Paidós Ibérica. 2007, Barcelona.
- ESLAVA, J., *Los templarios y otros enigmas medievales*, Editorial Planeta. 1998, Barcelona.
- FOSSIER, R., *La formación del mundo medieval (350-950)*, Editorial Crítica. 1988, Barcelona.
- FOSSIER, R., POLY, J.P., VAUCHEZ, A., *El despertar de Europa (950-1250)*, Editorial Crítica. 2001, Barcelona.
- GARCÍA, J.A. y VALDEÓN, J., *Manual de historia universal. Edad Media*, Ediciones Nájera. 1987, Madrid.
- GÓMEZ, H., *Los ejércitos de Bizancio*, <http://www.ejercitos-bizancio.net>. 2000-2007,
- GRIMAL, P., *El Imperio romano*, Editorial Crítica. 2000, Barcelona.
- HEERS, J., *La Primera Cruzada*, Editorial Andrés Bello. 1995, Barcelona.
- IMBER, C., *El Imperio otomano*, Ediciones B. 2005, Barcelona.
- LADERO, M., *Historia universal (Vol. II). Edad Media*, Editorial Vicens-Vives. 1994, Barcelona.
- LE GOFF, J., *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Editorial Crítica. 2003, Barcelona.
- OSTROGOSKY, G., *Historia del Estado bizantino*, Ediciones Akal. 1984, Madrid.

- PARKER, G., (dirección), *Atlas The Times de la Historia de la Humanidad*, Editorial GSC. 1994, Barcelona.
- PATLAGEAN, E., *Historia de Bizancio*, Editorial Crítica. 2005, Barcelona.
- ROBERTS, J.M., *Historia universal ilustrada*, Ediciones Debate. 1998, Madrid.
- ROLDÁN, M., BLÁZQUEZ, J.M. y DEL CASTILLO, A., *El Imperio romano*, Ediciones Cátedra. 1995, Madrid.
- RUNCIMAN, S., *Historia de las cruzadas*, Tomo 3. Editorial Alianza. 1994, Madrid.
- RUCINMAN, S., *La caída de Constantinopla*, Editorial Espasa Calpe. 1997, Madrid.
- RUNCIMAN, S., *Historia de las cruzadas*, Tomo 1. Editorial Alianza. 2002, Madrid.
- RUNCIMAN, S., *Historia de las cruzadas*, Tomo 2. Editorial Alianza. 2002, Madrid.
- RUZÉ, F. y AMOURETTI, M.C., *El mundo griego antiguo*, Ediciones Akal. 1987, Madrid.
- SANTOS, H., *Historia verdadera del emperador Constantino El Magno*, Imprenta de D. Manuel Martín. 1767, Madrid.
- TALBOT, D., *La Alta Edad Media*, Editorial Alianza. 1988, Madrid.
- TREADGOLD, W., *Breve historia de Bizancio*, Ediciones Paidós Ibérica. 2001, Barcelona.
- VALDEÓN, J., *El feudalismo*, Alba libros. 2005, Madrid.
- ZABOROV, M., *Historia de las cruzadas*, Editorial Akal. 1988, Madrid.